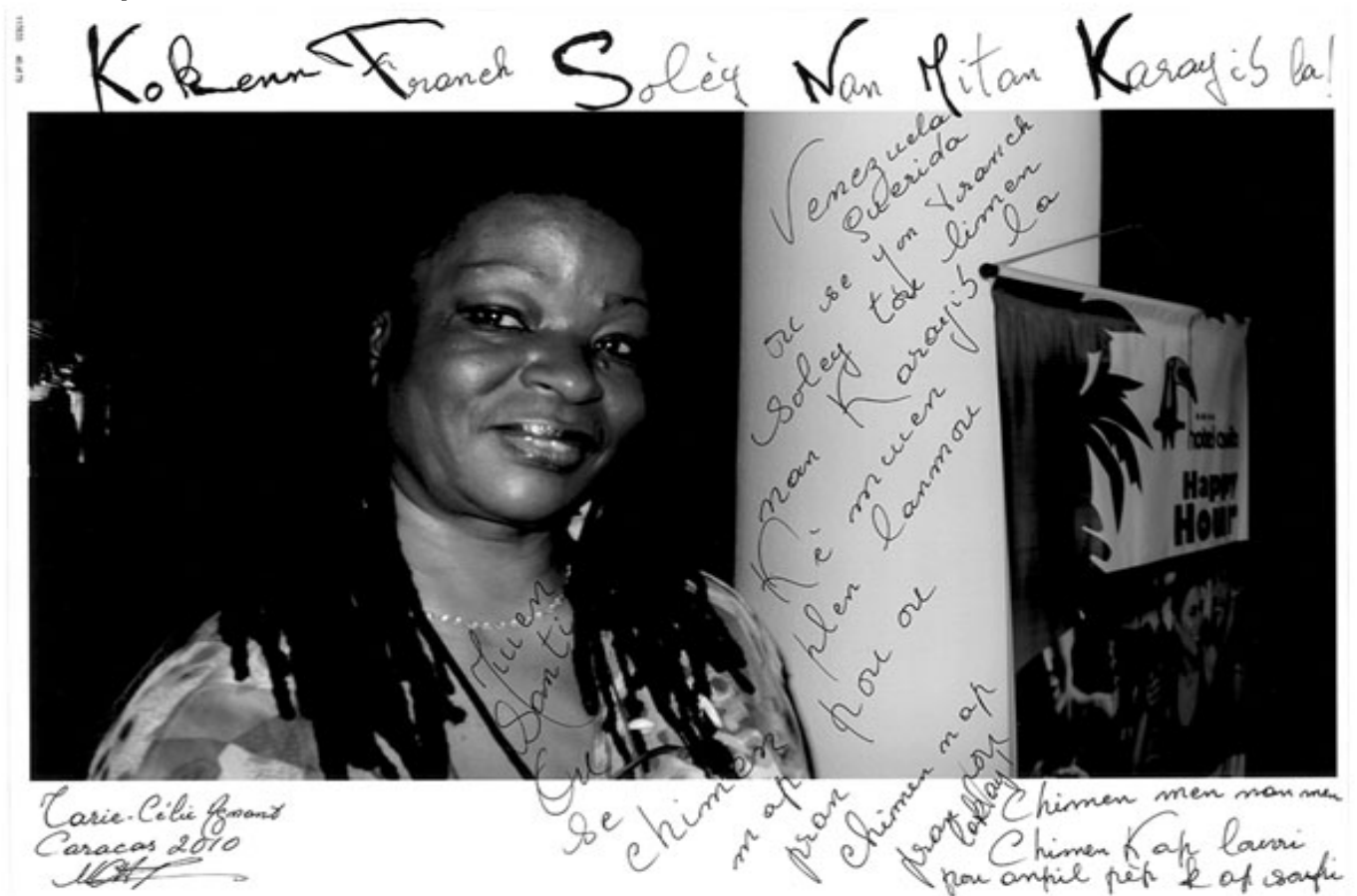


Entrevista con Marie-Célie Agnant

“Intento contribuir a liberar una palabra prisionera”

Foto: Enrique Hernández D'Jesús



Escritora presente y atenta al mundo que le rodea, su escritura lleva a su vez el sello de la poesía y de la violencia salidas de las sociedades postcoloniales que navegan entre la miseria evidente, opulenta e indecente. Sus textos, algunos de los cuales han sido traducidos a muchas lenguas, consiguen su anclaje en la realidad social contemporánea; aborda los temas tales como la exclusión, la soledad, el racismo, el exilio. La condición de las mujeres, la relación con el pasado y a la memoria forman también parte de su campo de exploración.

Ella publica también obras destinadas a jóvenes, se

interesa en el teatro y trabajó con el Bread & Puppet Theater (en Vermont).

Cuentista, Marie-Célie Agnant participa en el festival de cuentos celebrados en Quebec y otros lugares, y anima regularmente sesiones de taller de cuentos para niños y adultos. Ella cuenta en francés, en inglés, en creole y en español.

Miembro de la Unión de Escritores y Escritoras de Quebec, está inscrita en el repertorio de los artistas y escritores para la escuela.

En el corazón de su obra, la resonancia de la historia

particular de Haití, su cultura y sobre todo su pesado sufrimiento y su indecible tragedia. De un libro a otro, tesoneramente, la autora recorre la imposible distancia con la memoria- las de sus ancestros, memorias inventadas, en su mayor parte, pero muy familiar para todos los que viven y sufren dondequiera que habiten.

Marie-Célie Agnant construye una obra que habla de los humanos- principalmente de las mujeres- abrumados por la vida y la incapacidad de olvidar. Es que del peso de esta memoria sobrecargada nunca se sale ileso. No obstante, más allá de esta herencia pesada de llevar, las mujeres, en la escritura de Agnant, en busca de ellas mismas, intentan reconstruirse, o no, en un mundo descompuesto, algunas veces putrefacto, que deja poco lugar a lo humano. De diversas maneras, algunas de ellas están hundidas en su cementerio interior, otras buscan una neutralidad alienante, en tanto que otras se niegan a renunciar a lo que son y se baten para sí mismas, “de pie en la luz, para afrontar los machetes” (*Mujeres en tiempos de carniceros*). Ellas quieren “vivir en la dignidad, vivir de pie”.

Además del trabajo de memoria, se exploran las palabras en silencio y el silencio en las palabras. De diferentes formas, las voces narrativas intentan tender un puente entre su genealogía personal, un determinado pasado colectivo y un presente, muchas veces solitario. Al mismo tiempo, conscientes del pasado y orientados hacia el futuro, desenrollan el hilo de la palabra y se lo entregan a la generación que les sigue para que esta pueda formar una identidad en movimiento, ciertamente dependiente de la herencia, pero también forjándose a partir de lo inaudito, al menos en una cierta autonomía.

Ese paso del saber y este testamento de la palabra atraviesan la obra de Agnant, y frecuentemente, a pesar de todo, sobre una celebración de la vida, del afecto, de la amistad y del amor, no sería sino un instante como un bálsamo sobre una herida.

Numerosas preguntas sustentan la obra. ¿Cómo podemos convertirnos a la vez en portadores de la memoria fundacional y de la vida? ¿Reacomodar la memoria y nacer de nuevo? ¿Cómo transmitir no solo la memoria histórica, sino también una memoria sensual recurriendo a los olores, a los colores y a los ruidos? ¿Cómo hacer malabares con el desarraigo y el enraizamiento? ¿Mostrándonos el mal que nos hunde o nos ha hundido en el sufrimiento, sin encarcelarnos en el rol de víctima?

A pesar de que los libros de Agnant frecuentemente se emplean para denunciar el mal, ellos siempre están aferrados a la vida y nos permiten habitar nuestro mundo insensato.

Entre eros y thanatos, Marie-Célie Agnant se plantea a lo largo de sus diferentes textos preguntas esenciales sobre cómo vivir juntos y trata de responderlas. Aunque deplora la ausencia de las palabras adecuadas para decir lo que le sucede a uno y por causa del otro, para agregar secciones de historias personales, Agnant encuentra, sin embargo, las palabras para decir lo indecible, al menos en parte, y nos las da a nosotros a leer.

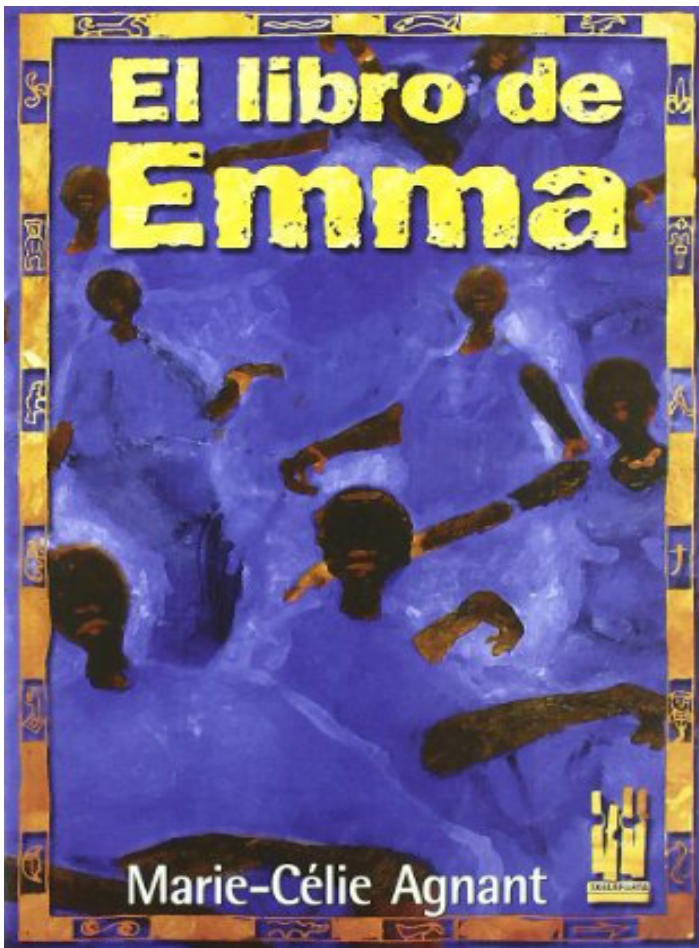
Lucie Lequin
Île en île
<http://ile-en-ile.org>

Diálogo con Celso Medina

Celso Medina- A pesar de que ha pasado más de la mitad de su vida en Quebec (Canadá), su literatura es esencialmente haitiana. En sus novelas, sobre todo, se escenifica un drama por el cual desfila una nación traumatizada por la violencia de una economía de plantación, basada en la esclavitud, y una dictadura cruel, la de François Duvalier. Incluso hay quienes hablan de una “república fallida”, a la cual Europa no ha sabido perdonar el haber sido el primer territorio latinoamericano en liberarse del imperialismo. ¿Cómo se forjó ese país en su literatura?

Marie-Célie Agnant- Haití se impuso como tema primero

en mi obra el día en que comprendí las relaciones de fuerza que constituyen las bases de nuestras sociedades. Hago referencia a un período que se remonta a los primeros años de mi llegada a , entonces yo identifiqué las verdaderas razones del exilio, y todos los mecanismos que condujeron a la asfixia del país que acababa de dejar. Comprendí, desde entonces, que Haití no era, como algunos lo repiten con delectación, una « república fallida » sino un país que ha sido deliberadamente demolido, una demolición iniciada con el pago, bajo presión, hasta mitad del siglo XX, de una suma colosal- el equivalente a 28 millardos de euros-



Los temas que se consiguen en mis obras han estado desde entonces presentes en mí. Escribir sobre ese país al que las grandes naciones depredadoras nunca han «perdonado» su gesto de rebelión constituye, entre otras cosas, una manera de poner de relieve lo que viven hoy territorios como Cuba, al que el imperialismo ha mantenido sin aliento durante 60 años, señalar también la desestabilización orquestada de un país como Venezuela, que lucha y aspira a permanecer en pie.

C. M- Su obra literaria está poblada de mujeres. Personajes como Emma (Livre d'Emma), Mika (Femmes au temps des carnassiers) y Mariana (La dot de Sara) muestran que la « profesión » de mujer es una tarea existencial difícil. La mujer antillana (entendemos), no sólo es víctima del racismo, sino que también hay que tener en cuenta toda una serie de atavismos sexuales. Pero usted llega a dar forma a un mundo mucho más complejo, que no simplifica la imagen femenina, sino que propone diferentes maneras de asumir sus vidas: combativa, resignada, suicida, y algunas veces crueles, como Rosa Bosquet (En Un alligator nommé Rosa). ¿Es más difícil ser mujer en las Antillas que en la región en la que usted vive actualmente?

MCA- Sin negar los logros, los avances, y los cambios en las mentalidades, las mujeres continúan, incluso en las llamadas sociedades occidentales, librando los mismos combates librados con anterioridad, para salvaguardar sus derechos fundamentales : paridad, lucha contra la desigualdad desde el punto de vista social, político y económico. Se trata de combates incesantes. Si nos referimos de manera particular a Haití, diría que la suerte de las mujeres, hoy, es idéntica a la de todas las mujeres que evolucionan en los territorios en lucha contra las políticas neoliberales. La feminización excesiva de la pobreza es una constante. Las crisis políticas interminables, las guerras de baja intensidad, y agresiones de todo tipo, más brutales y letales afectan de manera permanente la vida de las mujeres en tantas regiones del mundo donde, por supuesto, están infrarepresentadas o totalmente ausentes en las instancias de toma de decisiones. Tiene toda la razón, dondequiera que esté, ser mujer es una « profesión » muy difícil.

CM- ¿Sigues pensando que escribe para borrar el silencio de las mujeres?

MCA. -No hablaría del silencio de las mujeres, sino del de una categoría de mujeres. Pienso en las que se parecen a mí, en las que siempre han estado y siguen amordazadas, en las que se atreven a romper el silencio y a quienes se trata de acallar, en las que se hacen invisibles. En este sentido, quisiera precisar que el camino de la escritura, para mí, nunca ha sido fácil. He tenido que aprender a lidiar con

a los extorturadores para compensarlos por las pérdidas que sintieron que habían sufrido cuando tuvieron que abandonar la isla después de su derrota.

Los años siguientes a mi llegada a Quebec, me acerqué a los exiliados chilenos y argentinos que traían, con su equipaje, una tradición de lucha, y, por supuesto, con compatriotas haitianos politizados. Me mantuve también muy activa a lo largo de la década de los 80, en grupos de solidaridad con refugiados de Centroamérica, víctimas, en ese momento, de las políticas de tierra arrasada. Es también la época de las luchas libradas por el Sandinismo en Nicaragua, pulso que mantuvo a toda América Latina en suspenso, sin olvidar los sobresaltos del fin del apartheid en Sudáfrica, que entonces parecían marcar el ritmo de la existencia de aquellas y aquellos que pensaban que otro mundo era posible. De allí, sin duda, de estos encuentros con el Otro, también sometido a la opresión, sobrevino, en mí, no el deseo, como se piensa a menudo, de acceder a este mundo de la literatura, sino más bien la necesidad irreprimible de escribir para relatar, no una historia particular de Haití, sino, en mi opinión, va mucho más allá de este territorio. Nacida en un país amordazado, un país que ha sido uno de los más maltratados por las políticas coloniales y neocoloniales, me siento en la necesidad de contribuir a hacer entender su voz más allá de los círculos estrechos.

diferentes formas de violencia de ciertos sectores, alérgicos a cualquier trabajo que aspire a resaltar lo femenino y la difícil situación de la mujer, pero sobre todo en el aspecto de la memoria de muchos de mis textos, que recuerdan los crímenes y el terror duvalierista. Pero me molesta igualmente que se juzgue como demasiado reivindicador otro discurso, no del todo complaciente y, de hecho, amenazante.

Es que existe una tradición que no se debilita, aquella de condenar a las mujeres al silencio, tradición cuyos mecanismos son cuidadosamente estudiados por la escritora estadounidense Johanna Russ, en el ensayo *How to suppress women's writing*. Publicado en 1983, este libro, lamentablemente, sigue siendo relevante en la actualidad. Como dice usted, a través de mi trabajo, espero ayudar a borrar el silencio de las que se ven obligadas a desaparecer, las que, habitadas a la fuerza por el síndrome del impostor, se callan. En la novela *Femmes au temps des carnassiers* me levanto contra el silencio asesino en el que estaba encerrada la periodista Yvonne Hakim Rimpel, después de haber sufrido la barbarie del régimen de Duvalier. Y me di cuenta de que, desde mi primer libro, mi primer poemario, sin tener conciencia de que iba, asiduamente a tomar el camino de la escritura, decía que quería "escribir sobre todos los silencios cómplices". (*Balafres* (Cicatrices)). Es en esta perspectiva que digo que me inspiran escritoras que han sabido trazar el camino; hay muchas, pero me quedo con la sudafricana Nadine Gordimer, la española Dulce Chacón, la haitiana Marie Vieux.

CM- La violencia es otro tema que conseguimos en sus textos, en dos de sus últimas novelas, particularmente, (*Un Alligator nommé Rosa* et *Femmes au temps des carnassiers*) y en cuentos como "*La maison face à la mer*", "*Un regard assassin*", que relatan las atrocidades de la dictadura de François Duvalier. Se percibe la acentuación de las crueldades que ya estaban en curso en la época de la implantación de la esclavitud negra en las Antillas. Sus personajes destacan un hecho: hay que tener mucho coraje para vivir. Sus textos entonces se revelan históricos y etnográficos. ¿Cómo se desarrolló ese proceso en el cual lo histórico se integra al testimonio personal?

MCA- Íntimamente ligado a la historia y a la memoria, ese maridaje es una constancia en un número importante de escritoras, de todas las épocas. Se impone naturalmente en mí, bien sea a causa de mis modelos, primero los grandes maestros de la literatura comprometida en Haití: Jacques Roumain, Marie Vieux, autora de *Amour, Colère et Folie*, un texto fundamental para quien quiera comprender la violencia duvalierista, y también Jacques Stephen Alexis. En esta lista reúno autores de todos los horizontes que me han fascinado, de alguna manera : Nadine Gordimer, Federico García Lorca, Yachar Kemal, quien escribió, con la saga de

Memed, esa novela de la revolución, el más bello texto sobre la resistencia de los pueblos oprimidos, según mi opinión.

CM- Esta violencia es tematizada en la novela *Femmes au temps des carnassiers*, donde usted establece una comparación con las violencias sufridas por las mujeres en España durante la guerra civil, en 1936, fundamentalmente con el pasaje histórico de Las Trece rosas (cuando trece mujeres fueron fusiladas por la dictadura de Franco). ¿Significa eso un deseo de concebir en un modo más universal este peligroso "oficio" de ser una mujer en el mundo?

MCA.- En el libro citado, intento ilustrar el hecho de que esas violencias indecibles, violencias tanto físicas como sociales y sexuales, son utilizadas en todas partes, no solo en lo cotidiano, sino en el caso de regímenes represivos, y en tiempo de guerra, ellas se transforman en instrumento para mantener el poder, doblemente represivo contra las poblaciones femeninas. De esa manera la violencia se convierte en arma de guerra, de sumisión y de destrucción, utilizada particularmente contra las mujeres, bajo todos los cielos, en todas las épocas. A pesar del crisol haitiano, mi principal fuente, de esta necesidad de dar cabida a fragmentos de la memoria del país, también concibo la escritura como una pasarela que permite llegar al Otro. Por tanto, no me inclino por una literatura de color local, que se definiría únicamente a partir de ciertos parámetros específicos del lugar o del espacio geográfico del que el texto deriva su origen.

CM- ¿Por qué los hombres hablan tan poco en sus libros?

MCA. Las razones son múltiples. La primera, pienso yo, es que vengo de un mundo en el que la palabra ha sido, y aún sigue, considerada como un bien o un privilegio que pertenece, y no debería pertenecer, sino a los hombres. Como resultado, escuchamos sus voces con más frecuencia, por no decir que ocupa todos los lugares del habla.

En el campo literario, con mayor particularidad, a pesar de los esfuerzos que siempre han debido desplegar las mujeres para negociar, y conservar un espacio en el ajedrez, vemos esfuerzos que hacen creer que "las cosas cambian" verdaderamente, y que llevan a algunas mujeres a la complacencia, al proclamar que, ante su mesa de trabajo, no son ni mujer ni hombre, sino simplemente escritoras, aún hoy, algunas mujeres - digo bien algunas - se aventuran en los espacios literarios, sean cuales sean y no escapan a la segregación, a la violencia, a los rechazos, a las denigraciones y a las micro agresiones. El patriarcado, al igual que el racismo, tiene raíces tenaces y profundas. De una generación a otra, se enfrenta un sistema dotado de mecanismos feroces para privar a esas mujeres de la palabra. Tengo en mente toda una serie de hechos, episodios



“... no quiero, y no puedo ser indiferente a mis personajes, llego a vivir de manera muy intensa las tragedias en las cuales ellos se involucran”.

de microagresiones durante los cuales la gente ha intentado con todas sus fuerzas, amordazarme, aquí o en otro lugar. Al optar por darle la palabra con más frecuencia a las mujeres, intento contribuir a liberar una palabra prisionera: la mía, luego todas aquellas que se han obstinado en quererla reprimir, y que se consigue en mis palabras.

Por otro lado, está la imagen de la mujer vehiculada por ciertos escritores, esta imagen de la mujer objeto, necesita ser deconstruida, enderezada, reelaborada, revisada, revisitada. Para lograrlo, debemos hacer que se escuchen las voces de las mujeres. En otras palabras, si la escritura, que de ninguna manera excluye lo imaginario y una preocupación estética, representa para mí un arte, también es una lucha. Es un trabajo en el que soy a la vez mujer, artista, activista, profundamente humana, comprometida por la vida, por la vida y por la justicia.

CM- Es interesante ver cómo la forma narrativa en usted se funda en los temas. Por ejemplo, su manera de hablar de la locura de Emma, de la angustia de Mika preocupada por caer en las garras de los tonton macoutes, o del dolor de la Mamusia (madre de este inmigrante polaco asesinado en el aeropuerto de Vancouver, Canadá); luego esa persecución a una mujer en el metro neoyorkino por un hombre que ha intentado violarla en Haití («Un regard assassin»), etc.

Violencia y tragedia encarnan en un lenguaje que hace esas historias plausibles. ¿Es este lenguaje el resultado de un cuidadoso trabajo formal o el producto de una asimilación más empática con la tragedia que relata?

MCA- Esos dos aspectos constituyen las claves para abordar mis textos. Escribiendo esta historia trágica, acontecida en el aeropuerto de Vancouver, tuve la impresión de estar sumergida en el dolor vivido por la madre de este inmigrante polaco asesinado el día de su arribo al país. En una palabra, no quiero, y no puedo ser indiferente a mis personajes, llego a vivir de manera muy intensa las tragedias en las cuales ellos se involucran. No obstante, eso no constituye ni una elección ni una técnica, más bien un punto fuerte, si se puede decir, de mi escritura. En cuanto al segundo aspecto que usted señala, he sabido rápidamente tomar el gusto por eso que llamo el trabajo sobre el lenguaje. Lo asocio con un tejido paciente, como el torneado de una pieza de madera que, bajo los dedos del artista, toma poco a poco la forma de una obra de arte. Es así como el oído juega un rol muy importante, puesto que es esencial para mí escuchar la voz del texto, sentirlo vibrar en mí. Necesito encontrar y escuchar el ritmo de las palabras, sus pulsaciones, su música. Este trámite se cumple en voz alta, requiere mucho tiempo, paciencia y pasión. A fuerza de escribir, de reescribir, el texto viene a mi

encuentro como en una larga danza, como si escribiera en el ritmo de *Cinco de la tarde* de García Lorca, el *Songoro cosongo* de Guillen, o *Bois d'Ébène* de Roumain. Es en el curso de este ejercicio musical apasionante y encantador en el que se efectúa la escogencia y el matrimonio de las palabras, pero eso reclama tanto tiempo y energía como la llegada del texto bruto sobre la página.

CM. - Milan Kundera dice en su novela *L'ignorance* que es difícil tener más de una patria, porque no tenemos sino una sola vida. Usted, en su libro de cuentos *Nouvelles d'ici, d'ailleurs et de là-bas* parece apuntar hacia una patria más universal, un poco a aquella que Edgar Morin llama « Tierra-Patria ». No estamos seguros donde conseguimos ese « aquí », los « otros lugares » y el « allá », las angustias universales se repiten en sus textos con una gran similitud en los espacios europeos, palestinos, sirios, judíos y antillanos. Algunos críticos sitúan ya su trabajo en el campo de los transnacionalismos ¿Comparte esa visión de los críticos?

MCA.- Siempre he tenido cuidado de no sobre-intelectualizar o teorizar mi trabajo, prefiriendo dejar este aspecto a la crítica. Sé, sin embargo, que cuando emprendo un proyecto de escritura, llego allí con todo mi equipaje y, según mi opinión, lo que pesa más es lo que tiene que ver con la mujer negra, con la hija de esclavos, que vio la luz en un país hecho de hombres y de mujeres, que fueron los primeros negros en decir no a las cadenas, dando así un verdadero sentido a la palabra libertad, pero también a la alteridad. Hemos devenido, según las palabras de Jacques Roumain, uno de los más grandes poetas de Haití, en “buhoneros de revueltas”. Partiendo de esa herencia, intento establecer en mis textos, esa relación con la alteridad y la vida que hay que defender absolutamente. Diría, para simplificar, que mis textos reclaman simplemente el derecho a la vida, y la vida no conoce territorio. Por la fuerza de las cosas, me he desembarazado, para sobrevivir de lo que se considera como la pertenencia territorial, esa carcasa, que, con mucha frecuencia, abre las compuertas para recoger todos los males identitarios y sus derivas. Reivindico no obstante todos los territorios, cualquiera que sean, en primer lugar,

aquellos que me rechazan. Aunque se persista en el odio y en el rechazo, no se puede rechazar ni la sangre ni el sudor de mis antepasados esclavos que se utilizó para construirlos. Esta sangre, este sudor, permanecerá. Indelebles, existen. Por eso reivindico en estos textos que usted cita, este ideal de humanidad y de fraternidad con el que soñaron los primeros negros y las primeras negras que dijeron no a la servidumbre y la destrucción de la humanidad. Desde mi primer poemario, *Balafres (Cicatrices)* (1994), resonó en mí este grito fundamental a favor de la vida y la humanidad. A veces choca con la indiferencia y el cinismo, pero me es indispensable y ahí está lo esencial. Este grito rechaza las fronteras.

MCA.- La palabra “Negro” ha sido estigmatizada, hasta el punto de que algunos prefieren hablar de afrodescendientes. Léopold Senghor y Aimé Césaire inventaron el término “negritud” para valorar la condición del negro, más allá de la visión plañidera, que la ve como un cuerpo sufriente, y no como un ser profundamente creativo, digno de una perspectiva tan pertinente como la del hombre occidental. ¿Comparte usted esta visión de Senghor et Césaire?

MCA. Si la palabra “negro” estigmatiza, ¿deberíamos evitar utilizarla? Eso sería, entonces, dejar a un lado toda una parte del mundo. La palabra “negro” usada como un insulto por algunos debe ser prohibida, pero debemos estar conscientes del hecho de que ciertos discursos o las llamadas luchas, realmente sirven, y conscientemente para distraernos de los problemas reales, el sistema cuenta siempre y siempre ha contado con aliados que, para hacerse ver bien, hacen el juego al *status quo* sexista, racista, etc. El combate no se sitúa por lo tanto únicamente en el plano de la retórica, no es un combate simbólico sino un combate verdadero que debe llevar a nuestras sociedades a devolver a toda la humanidad su sentido profundo, mediante la formulación de políticas sostenidas por una voluntad real de poner fin al racismo sistémico. Pero corresponde a quienes llevan este “color en la piel” apropiarse de la expresión e incluso imponerla a los racistas de este mundo para desconcertarlos.